

CAPÍTULO III

INCURSIONES DE LOS SARRACENOS.

No bien había cerrado los ojos Carlomagno, cuya formidable espada había contenido á las hordas errantes, aunque sin poder ó sin saber oponerles un dique suficiente, cuando derramó la Escandinavia fuera de su seno sus terribles piratas, salieron de su oscuridad los eslavos, y los húngaros, raza extraña á las naciones germánicas, empujaron sus corceles hasta las fronteras del imperio carlovingio.

Estos pueblos no encontraban como á la caída del imperio romano, otros pueblos que debilitados por la servidumbre ó por los vicios de que es madre, contemplaran con indiferencia los esfuerzos tentados por una metrópoli lejana, sino generaciones jóvenes, armadas para defender sus hogares y asociadas en la poderosa unidad del cristianismo. Alborózase el alma al considerar como lograron estas rechazar á los agresores, ó pulirlos y transformarlos en instrumentos de la civilización, á la cual amenazaban. Un despertar enérgico en el imperio bizantino pareció haber desalojado de la Grecia á los árabes, que se derramaron hacia Persia. Habían sido detenidos por Carlos Martel en Francia: luego los condes de Aquitania, de Barcelona, de Navarra, velaban sobre sus fronteras, secundados además por la intrepidez de los vascos, por el reino de Oviedo, que cada vez tenía más estension, y todavía más por la discordia que había estallado entre los nuevos soberanos de España. Así como se había visto á los francos combatir bajo el estandarte de los emires rebeldes contra los califas, vinieron los árabes á sostener á los rebeldes condes sublevados contra los Carlovingios y á talar el país; pero en breve llegó á ser Barcelona para ellos una barrera que ya no salvaron nunca: y si alguna vez estendieron sus correrías al territorio francés, no resultó de aquí más que un estrago pasagero, vengado completamente por los cristianos.

Pero ya entonces zarpaban los piratas sarracenos de los puertos desde donde se hacían á la vela las flotas púnicas en otro tiempo; y recorriendo el Mediterráneo, como si les perteneciese, interrumpían todo comercio y ora junto á las costas, ora remontando el curso de los ríos, amenazaban las propiedades y las personas (1). Habiéndose lanzado sobre la Cerdeña, donde pasaron la guarnición á cuchillo, los sarracenos robaron el cuerpo de San Agustín y ocuparon muchos puntos, aunque no parece que llegaran á hacerse dueños de toda la isla. Una parte de la población fué trasladada á Africa, donde fundó la colonia de Sardinia en los alrededores de Cairuan; el resto de los habitantes buscó un refugio en las montañas, de suerte que las ciudades se arruinaron, aconteciendo lo mismo con los acueductos y los caminos. Después de haber empuñado las armas Carlomagno para quitarles las Baleares y las demás grandes islas de este mar, hizo cruzar por sus aguas una escuadra destinada á repeler á los invasores; reparo débil y vano; y antes de morir, pudo saber que Niza y Centumelle habían sido saqueadas por los piratas (810). No bien había sucedido (815) Luis á su padre, cuando llegaron los embajadores de Cagliari á implorar su ayuda (2) contra estos piratas; pero no tuvo otra cosa que otorgarles sino su compasión. Entretanto los papas continuaron la guerra contra los sarracenos de Cerdeña: el conde de Génova recuperó la Córcega; y Bonifacio, marqués de Toscana, juntamente con su hermano Bernardo, después de desembarcar entre Utica y Cartago, les dió en la playa cinco combates, en los cuales fué

(1) REINALD.—*Invasión de los sarracenos en Francia, en Saboya, en Suiza, etc.* Paris, 1836.

(2) EGINARDO, ad. ann., 815 á 820.

suya la victoria (3), si bien su valor no fué secundado, y por otra parte los sarracenos no se dejaban abatir por las derrotas.

Estas incursiones eran el reverso de las que verificaban los septentrionales. Los indígenas se habían puesto á cubierto de las últimas, retirándose hacia el lado del mar, donde se encontraban seguros de los bárbaros; y ahora se veían atacados en la costa y obligados á internarse en el territorio. Dueños de grandes islas y del estrecho de Gibraltar, dominaron los sarracenos en el seno occidental del Mediterráneo, cual ya lo hacían en el oriental antes. Así se volvía á plantear el problema que había sido resuelto con la destrucción de Cartago, sobre si pertenecía el tridente de Neptuno al Oriente ó al Occidente.

Provenza.—Hallábase especialmente espuesta á sus incursiones la Provenza, y desde las primeras que hicieron en aquel punto, destruyeron el monasterio de Lerins, foco de actividad y de ciencia, así como las colonias marselesas de Antibio, de Saint-Tropez y de Hieres. Manteniéndose en el mar entre Tolon y Niza, y alentados por el buen éxito, atacaron las ciudades. Dos veces en diez años fué saqueada Marsella (838-848) (4), y estas comarcas, en que las generaciones anteriores se habían esforzado en lograr que correspondiese la riqueza del suelo y de los habitantes con la hermosura del cielo, quedan desde entonces perdidas para la historia. Hicieron de la isla de la Camarga su punto de recalada para lanzarse desde allí á lo largo del Ródano, cuya embocadura no se hallaba aun obstruida, y saquearon á Arlés dos veces; pero cuando tomaron algunos años después, los sorprendió Gerardo de Rosellon, los puso en derrota, y no menos activo que denodado, les quitó la voluntad de intentar de nuevo el paso por aquel punto.

La necesidad de oponerse á estos enemigos sirvió de pretexto á Boso para hacerse rey de Provenza, si bien cuando terminó su vida y Gerardo se hizo monje, se presentaron otra vez los sarracenos, no con ideas de saqueo sino de conquista. Esto nos parece más verosímil que la relación de Liutprando (5). Según él, veinte sarracenos procedentes de España y empujados casualmente sobre la costa de Provenza, sorprendieron á Fraxineto (*Garde Fresnet*), cuyos habitantes pasaron á cuchillo; habiéndose hecho fuertes luego en aquella posición inaccesible, secundaron á los aldeanos del contorno en sus matanzas fratricidas y devastaron todo el país situado á su espalda.

Ayudados de nuevos compañeros que habían invitado á reunirseles, los árabes dominaron militar-

(3) ASTRONOMUS, *De vita Ludovici*, cap. 42.

(4) Las monjas del monasterio de San Victor en los arrabales de esta ciudad, se cortaron las narices para librarse de la brutalidad de los descreídos, de donde procede á este monasterio el nombre de *Desnarigadas*.

(5) Lib. I, cap. I.

mente aquel territorio, sin depender de los califas de España ni de los emires de Africa. La escuadra romana, que se había estacionado en el puerto de Frejus, todavía abierto en aquella época, no se libertó de ser presa de las llamas sino apelando á la fuga. Traspusieron los sarracenos de Fraxineto los Alpes Marítimos que habían quedado indefensos, y prendiendo fuego á Acqui y á otras ciudades, sembraron el espanto en Italia. Apostados en las cimas de los Alpes y fortificados en el monasterio de San Mauricio, se lanzaron desde allí, durante medio siglo, sobre la Borgoña, sobre la Italia y hasta sobre la Suabia, interrumpiendo el comercio, acometiendo y esterminando á las piadosas caravanas, compuestas especialmente de anglo-sajones que se dirigían en peregrinación al sagrado umbral de los Apóstoles: saquearon á Génova y dieron muerte á sus habitantes (6), alentando á otros con el aliciente del botín.

Para desembarazarse de tales enemigos recurrió Hugo, rey de Arlés, al emperador Romano I, con cuyo sobrino casó á su hija Berta; y las naves bizantinas, únicas que podían entonces hacer frente á estos piratas, arrojaron fuego griego á sus galeras en el golfo Sambracitano. Cuando vieron que el mar les estaba completamente cerrado, tomaron la determinación de abandonar á Fraxineto y se retiraron á la selva que se estiende detras, y que todavía conserva su nombre (*Selva de los Moros*). No osando Hugo aventurarse á espulsarlos de aquel punto, trató con ellos, y les prometió amistad, á condición de que se encargaran de defender los Alpes Helvéticos contra Berenguer, su rival, que se disponía á embestir la Italia. Tornaron pues, á Fraxineto y emprendieron nuevamente el curso de sus fechorías, sin estorbar por eso que Berenguer fuera á sostener sus pretensiones más allá de los Alpes.

Conrado, que sucedió á Hugo en el trono de Arlés, dejó á los sarracenos las plazas que tenían bajo su dominio; pero Berta, su madre, supliendo con su actividad á la indolencia de su hijo, velaba sobre los enemigos y levantaba castillos para estorbar su engrandecimiento (937). Luego, ya fuese efecto de su habilidad, ya del acaso, una banda de húngaros vino á dar en medio de aquellos musulmanes, y unos y otros se destruyeron mutuamente.

Algunos magnates buscaron, para hacerse independientes, el apoyo de los sarracenos; otros empuñaron las armas contra ellos, á fin de crearse un señorío con las tierras de donde eran espulsados. Mayolo de Valensoles, vástago de una familia ilustre, á quien su piedad y su saber habían valido el título de abad de Cluny, cayó en las manos de aquellos descreídos á su regreso de Roma, y su rescate le costó todas las riquezas de su monasterio. La indignación causada por este aconteci-

(6) LIUTPRANDO, IV, 2.

miento reanimó el santo odio hacia la dominación extranjera. Habiendo reunido el conde Guillermo á los señores, cuyas fuerzas se perdían operando aisladamente, les guió contra los sarracenos, que fueron vencidos (972). Unos se ahogaron en el mar, otros solo se libertaron de la muerte ó de la servidumbre, haciéndose cristianos. Esta hazaña valió á Guillermo el nombre de padre de la patria, y tras dos siglos y medio de luchas quedó al fin libre la Galia de la presencia de los sarracenos.

Los indígenas, que se habían refugiado en las montañas, volvieron al suelo paterno tan luego como hubo desaparecido de Fraxineto aquella plaga; y gran porción de las tierras fueron donadas á las iglesias, que se convirtieron otra vez en asilo de la caridad y de la sabiduría. Lo demás, subdividido y cultivado por manos libres, en atención á que la cimitarra árabe había exterminado á los feudatarios, tardó muy poco en presentar de nuevo el aspecto de la prosperidad. Los señores que habían combatido por la libertad de la comarca, y que ahora tenían derecho al homenaje, llamaron gentes de fuera para poblarla y cultivar las tierras mediante un leve censo: entonces se formaron los habitantes en concejos, y gozaron de franquicias de que dieron ejemplo á los mediterráneos (7). No obstante, de vez en cuando los berberiscos verificaban incursiones en aquellas riberas, hasta que Luis XIV abrió el magnífico puerto de Tolon é hizo un arsenal marítimo; pero solo en los últimos años hemos visto á la bandera francesa enarbolada sobre

(7) Esta población de propietarios cultivadores, que jamás conoció el yugo feudal, y conserva siempre afición al trabajo y á la sobriedad, virtudes que le son necesarias, conservó también siempre aquel obsequioso servilismo que subsiste todavía en los campos de la antigua Francia. No contribuyó poco en ellos el recuerdo de los musulmanes á alimentar aquel fervor de creencia, que no se entibió por una persecución reciente y dolorosa; y este recuerdo vive en la Provenza entre las clases más ignorantes y que menos se cuidan de lo pasado. No hay un labrador cuya reja no haya tropezado una vez á lo menos con una de las anchas pizarras, bajo las cuales duermen las generaciones africanas que dominaron en Provenza. Si el viajero se informa acerca de qué ruinas son las que descubre en la cima de la montaña, mujeres y niños le responden: *Allí es donde está nuestra aldea del tiempo de los sarracenos*. Entre aquellos escombros se vé surgir una capilla que guarda un piadoso ermitaño, y que era en otros tiempos la iglesia de la aldea que ya no existe. Diríase que custodia las cenizas de los antepasados, las cuales van á visitar todos los años sus descendientes, el día en que les llama á cumplir este piadoso deber la fiesta de la parroquia. Esta conmemoración de la antigua patria, va siempre acompañada de juegos, á que preside la alegría escitada por el sonido de un instrumento sarraceno (el tamboril) y que hace más solemne á veces una danza del mismo origen (la morisca); solemnidades religiosas, ruidosos goces que son el más vivo testimonio de la dominación extranjera y de una emancipación gloriosa. DES MICHELS, *Hist. de la Edad Media*, tomo II, página 398.

los muros de Argel, asegurar la tranquilidad de las costas.

Estas invasiones tan estensas y tan prolongadas de los sarracenos, no permiten creer que pudieran sacar del Africa septentrional tan inmenso número de hombres: debe suponerse más bien que muchos de los que eran oprimidos en Europa se juntaron á ellos, con especialidad los esclavos, vencidos en diferentes puntos, y siempre codiciosos de botín y de aventuras. Parece haberse reanimado entonces la inhumana costumbre de vender los esclavos, y en los mercados, con especialidad en Francia, eran espuestos muchos vencidos. Comprábanlos los sarracenos para hacerlos eunucos; y una vez abierto este camino á tan innoble lucro, corrieron á proveerse de estos desgraciados á las embocaduras de todos los ríos, donde se les llevaban desde el corazón de la Germania. Verdun, en la Lorena, era un activísimo taller de mutilaciones de esta clase; y aunque los eclesiásticos anatematizaban semejante tráfico, eran robados hasta los niños bautizados; y no eran ciertamente los venecianos los últimos en ejercitarlo. El papa Zacarías rescató de ellos en el año 750 muchos mancebos á quienes conducían fuera de Italia; y en el año 776 fueron incendiados en Civita-Vecchia los buques griegos que iban á hacerse á la vela con un cargamento de esta especie. Aquellos niños, que crecían en el islamismo, llenaban las filas de los enemigos de la cristiandad, así como algunos mancebos que rescataban su vida al precio de su fe, todavía poco segura ó forzada.

Sicilia.—Nunca había caído la fértil Sicilia bajo la dominación de los longobardos; el imperio griego, que sacaba de allí granos, la hacía gobernar por un patricio; no sabía defenderla, y sin embargo pretendía que le suministrara por sí sola tanto como le suministraba antes toda la Italia. En la desastrosísima visita de Constantino á la isla, además del despojo á que fué sujeta, tuvo necesidad de subvenir al mantenimiento de la corte. La Iglesia romana, que tenía allí inmensas propiedades, esportaba anualmente gran cantidad de productos, sin que nunca enviara nada; pero luego que estalló la guerra de las imágenes, aquellos grandes bienes volvieron al fisco, y la Sicilia fué sometida á la jurisdicción espiritual del patriarca de Constantinopla.

En mucho tenían los emperadores á esta isla, que aun prescindiendo de su riqueza, era una centinela avanzada á la inmediación de los dominios que aun les quedaban en la Calabria. Pero el mar era surcado de continuo por los buques francos y sarracenos, y la sumisión de los patricios se aminoraba de día en día, no consistiendo ya su dependencia más que en el pago de impuestos. Elpidio, uno de aquellos patricios, que había querido levantar la cabeza contra Irene, se refugió entre los sarracenos, quienes, á sugestión suya, hicieron muchos desembarcos en Sicilia, sin que á pesar de eso consiguieran fijar allí su residencia.

Eufemio, tribuno, es decir, gobernador de la isla en nombre de Miguel el Tartamudo, enamorado de una doncella consagrada al Señor, la robó; y aunque el emperador también se había hecho réo de un sacrilegio semejante, mandó que se impusiera al tribuno un severo castigo (827). Eufemio recurrió á Ziadat-Alah-ben-Ibrahim, rey aglabita de Cairuan, á quien prometió vasallaje y un tributo si le ayudaba á conquistar su patria y el título de emperador. El príncipe musulmán le confió cien velas y diez mil combatientes mandados por el emir Abu-el-Cam, que habiéndose desembarcado en Sicilia, edificó allí una ciudad de su nombre (*Alcamo*), cerca de las ruinas de Selinunte. Eufemio, proclamado rey de la isla, esperaba que sus cómplices le abrieran las puertas de Siracusa, cuando habiéndose adelantado solo cerca de las murallas, fué muerto por dos hermanos de aquella á quien había ultrajado.

Cobrando entonces nuevo brío los sicilianos para salvar á su patria, derrotan á los sarracenos que habían quedado sin jefe, aunque muy pronto tornan á la carga éstos, ayudados por un socorro de Africa y otro de emigrados de España, y se hacen dueños de la parte occidental de la isla. Palermo, *celebrísima y populosísima* ciudad, sostuvo tan fiero asedio, que de setenta mil habitantes apenas quedaban treinta mil al fin del sitio (831); pero aquellos prófugos de España la repoblaron (8), de modo que llegó á ser residencia de los emires enviados por los príncipes de Túnez para llevar á cabo la conquista y gobernar el país. Mahomet, hijo de Abd-Alah, aglabita, primer emir, mató á nueve mil romanos en la batalla de Enna (*Castrogiovanni*) (832), cuyo castillo fué tomado por su sucesor Al-Abbas, quien mandó construir en él la primera mezquita. Veinte años después el patricio Teodoto caía sobre las murallas de Mesina. Siracusa, con una resistencia heroica y desesperada, que duró diez meses, renovó los tiempos en que rompía la pujanza de Atenas; pero la cobardía del navarca Adriano hizo inútiles tantos esfuerzos (878). Fueron asesinados los jefes de los sitiados: se trasladó á la plebe á Africa para que llorara allí su libertad y su patria; y la ciudad con sus magníficos templos quedó reducida á escombros (9).

(8) V. AMARI, Fragmentos de textos árabes.

(9) THEODOSII monachi *Ep. de excidio Syracusarum*. R. Ital. Scr., t. II, p. I, pág. 262.

Historia del Africa árabe bajo la dinastía de los aglabitas. Paris, 1841; obra de Yusef Ebn-Kalidum, que vivió en Túnez desde 1332 á 1406, y á quien de Hammer llama el Montesquieu árabe. Está traducida por Natal des Vergers, y en ella aparece la lucha de los berberiscos con los aglabitas, y como episodio la dominación de estos en Sicilia.

CAMILO MARTORANA.—*Noticias históricas de los Sarracenos de Sicilia*. Palermo 1832.

T. G. WENRICH.—*Rerum ab Arabibus in Italia insulique adjacentibus, Sicilia maxime, Sardinia atque Corsica, ges-*

Ensoberbecidos con esta conquista los emires, negaron obediencia á los príncipes aglabitas; pero cuando veinte y cinco años más tarde les sujetaron de nuevo, Ibrahim, rey de Cairuan, desembarcó personalmente en Sicilia, y se apoderó de Taormina, defendida vanamente por estrechos desfiladeros, por escarpadas alturas, y por el fuerte que los antiguos reyes habían levantado en lo alto de ella. Sobre aquel sitio construyeron los sarracenos la aldea y el fuerte de Mola. Por la misma época otros sarracenos talaban á Lemnos, de donde arrebataban á la población toda. Cuando las ciudades de Calabria enviaron á pedir humildemente perdón á Ibrahim de haber prestado apoyo á los rebeldes, el rey africano les intimó que se prepararan á la esclavitud y anunciaran su llegada en la ciudad del viejo Pedro.

Sin embargo, Cosenza le detuvo en su camino; y como murió á este tiempo, estalló la discordia entre los vencedores, no hallándose los hijos de los primeros conquistadores ligados con los reyes Fatimitas de Trípoli, que habían usurpado el trono de los Aglabitas. Esto dió margen á una guerra, durante la cual renovaron los cristianos de vez en cuando generosas tentativas para sacudir aquel yugo, especialmente los agrigentinos, que se sostuvieron cuatro años, faltando poco para que se apoderasen de Palermo; pero vencidos al cabo, banaron con su sangre los vestigios de la magnificencia patria (927).

Italia.—Debia, pues, concebir la Italia vivas aprensiones con motivo de la proximidad de aquellos peligrosos vecinos, que, después de haber saqueado mil veces sus costas, amenazaban todavía desde Palermo causarles mayores destrozos. En vez de ponerse de acuerdo para atender á la común seguridad los duques de Benevento y las ciudades de la Campania, que no protegían ya los griegos, se hacían la guerra, y en sus enemistades hasta llegaron á implorar ayuda á los sectarios de Mahoma. Los de Africa ocuparon á Bari, los de España á Tarento (842), mezclando su sangre á la de los cristianos en las luchas fratricidas.

Otros se habían establecido en la isla de Ponza; pero, habiendo reunido Sergio, consul de Nápoles (845), buques de Gaeta, Sorrento, y Amalfi, los rechazó de aquel punto. Volvió el emir á fin de lavar aquella afrenta, y después de hacerse dueño del castillo de Miseno, desembarcó en Centumcella, y marchó en derechura á Roma. Ignorante de la antigua gloria de esta ciudad, hostil á la nueva grandeza de la metrópoli del mundo, incendió los arrabales y profanó la iglesia de los Santos Apóstoles (10). Leon IV fué elegido tumultuariamente para la sede vacante; y habiéndose puesto el nue-

tarum comentarü. Leipzig 1845. AMARI, *Historia de la dominación de los musulmanes en Sicilia*.

(10) El incendio del arrabal suministró asunto á uno de los cuadros de Rafael en el Vaticano.